

Bibliomanía  
*Gustave Flaubert*



**RELATO  
LICENCIADO  
VIDRIERA**

Introducción  
Camilo Ayala



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COLECCIÓN  
RELATO LICENCIADO VIDRIERA

*Director de la colección*

Álvaro Uribe

*Consejo Editorial de la colección*

Gonzalo Celorio (México)

Ambrosio Fornet (Cuba)

Noé Jitrik (Argentina)

Julio Ortega (Perú)

Antonio Saborit (México)

Juan Villoro (México)

*Director fundador*

Hernán Lara Zavala

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL  
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

# Bibliomanía

*Gustave Flaubert*



**RELATO  
LICENCIADO  
VIDRIERA**

Introducción  
Camilo Ayala Ochoa



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
MÉXICO 2015

Flaubert, Gustave, 1821-1880, autor.

[Bibliomanie. Español]

*Bibliomanía* / Gustave Flaubert ; introducción Camilo Ayala

Ochoa.-- Primera edición.

58 páginas. -- (Colección Relato Licenciado Vidriera / director de la colección Álvaro Uribe).

ISBN 978-970-32-0472-4 (Colección)

ISBN 978-607-02-

I. Traducción de: Flaubert, Gustave, 1821-1880. Bibliomanie. II.  
Ayala Ochoa, Camilo, prologuista

PQ2246.B53.E76 2015

Primera edición: de 2015

D. R. © 2015, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES Y FOMENTO EDITORIAL

ISBN: 978-970-32-0472-4 (colección)

ISBN: 978-607-02

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad  
Nacional Autónoma de México.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio  
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

## INTRODUCCIÓN

**M**UCHO SE OCUPÓ EL SIGLO XIX DE LA MENTE HUMANA. FUE EL TIEMPO EN EL QUE NACIÓ LA PSIQUIATRÍA Y el psicoanálisis y en el que varios estudiosos, sobre todo galos, se preguntaron si la escritura no es la huella del delirio solitario. En 1934, Raymond Queneau buscó editorial para su manuscrito *En los confines de las tinieblas*, que es una antología de los alienados franceses del siglo XIX que fueron autores de obras publicadas. No fue el primer intento, pero sí el más esforzado, por presentar la locura aflorando a través de las letras. No por nada Georges Bataille dijo: “pienso que lo que me obliga a escribir es el miedo a volverme loco”. Pero, ¿es posible que los libros conduzcan a la demencia?

VII

Al final de la película *Fanny y Alexander* (1982) del director sueco Ingmar Bergman, Helena, matriarca de la familia Ekdahl, lee a su nieto Alexander, quien se va durmiendo recostado en su regazo, un pasaje del libro *El sueño*, que es una obra de teatro de August Strindberg: “La mentira y la realidad son una. Todo puede acontecer. Todo es sueño y verdad. El tiempo y el espacio no existen. Y sobre

la frágil base de la realidad, la imaginación teje su tela y diseña nuevas formas, nuevos destinos”. Ese pasaje describe el proceso que Miguel de Cervantes plasmó en la historia contada por el ficticio historiador Cide Hamete Benengeli sobre el hidalgo Alonso Quijano a quien “se le pasaban las noches leyendo de claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro”. Ese hidalgo imaginado de la alcurnia de Gutierre Quijada pasó a denominarse don Quijote de la Mancha y salió en busca de aventuras y ocasiones para probar heroísmo como caballero andante, derrotero durante el cual fue apodado por su escudero Sancho Panza como Caballero de la Triste Figura y, por él mismo, Caballero de los Leones. En uno de los más famosos episodios psicóticos de la literatura entró a vivir en los libros de caballería.

Impresores, editores, libreros y escritores de distintas épocas han dicho que llevan tinta en las venas, pero a veces esa imagen ha ido más allá de una nombradía. Se extravía el juicio cuando la escritura se confunde con la vida y la respiración. Ha habido quien utiliza su sangre para hacer anotaciones al margen, no puede detener su escritura y a falta de papel usa sus muebles, escribe con excrementos o se tatúa una obra en la espalda. *Quills*, una película del año 2000 —que en español se tituló *Letras prohibidas*—, dirigida por Philip Kaufman, tiene como tema los últimos días del Marqués de Sade recluido en el asilo para enfermos mentales de Charenton. El marqués es un escritor compulsivo, ade-

más de un subversivo, y los vigilantes lo castigan quitándole papel y tinta, que éste se ingenia en conseguir. Casi al final de la película el marqués es aislado en un calabozo. Su salud se ha ido deteriorando después de que le cortaran la lengua. En su agonía se dedica a escribir en las paredes con sus propias heces. La verdad es que Sade acabó sus días, desgastado y ciego, reposando en su retiro, pero también es cierto que varios enfermos mentales han trazado frases completas con sustancias fecales y otras materias corporales.

IX

El danés Jussi Adler-Olsen imaginó en su novela policiaca *El mensaje que llegó en una botella* a dos niños secuestrados escribiendo un mensaje de auxilio con sangre. Sin embargo, ocasionalmente, la escritura sangrienta ha dejado de ser una metáfora. Algunos grimorios, libros de magia, letras de brujos, fueron escritos con tinta roja sobre pergamino negro. Son libros para leerse a la luz de las hogueras, al reverbero del fuego. Hay conjuros que se escriben con tinta de sangre o sangre pura de inocentes, la que hace centurias llamaban tinta roja planetaria. Se dice que los pactos con el diablo se firman con sangre de la mano izquierda. Son esas tintas, tintas terribles. Púrpura era también la tinta de los emperadores romanos y la que usó “desde el infierno” el asesino serial del distrito de Whitechapel que en 1888 fue nombrado Jack el Destripador. El *psicokiller* polaco Lucian Staniak, arrestado en 1967, fue conocido como *La Araña Roja* por mandar a la prensa o dejar en sus víctimas cartas escritas con tinta roja diluida

con aguarrás y una caligrafía enmarañada. Quizá debido a sus evocaciones escalofrantes o porque la tinta roja significa sabiduría, la prefieren los correctores de estilo. Existe en realidad un Corán de 600 páginas caligrafiado con 27 litros de sangre de Saddam Hussein, a quien le extrajeron una poca cada semana por dos años. Con propósitos de difusión, el número de mayo de 2015 de la revista austriaca X *Vanguardist* fue impreso con tinta mezclada con sangre de tres donadores VIH positivo.

Hay varias clases de bibliopatías o trastornos psíquicos referidos al libro impreso y a la cultura escrita en general. La bibliomanía, término acuñado en el siglo XVI pero definido con amplitud por Thomas Frognall en su ensayo *The Bibliomania or Book Madness. Containing some account of the History, symptoms, and cure of this fatal disease*, de 1809, es un trastorno psíquico que consiste en una desmedida pasión por los libros. Bibliómanos son quienes los acumulan con ímpetu desproporcionado, como Antonio Magliabecchi (1633-1714), bibliotecario de Cósimo III de Médici, Gran Duque de la Toscana, quien vivió leyendo y, para no desperdiciar el tiempo, dormía entre pilas de libros, no se cambiaba de ropa ni se peinaba, apenas comía y se olvidaba de cobrar su sueldo. Lector voraz, bibliólatra donde los haya, examinaba decenas de libros al día. Llegó a reunir en su biblioteca personal 40 mil libros y 10 mil manuscritos. Su velocidad de lectura y portentosa memoria le valió ser consultado por eruditos de toda Europa. Un

día el duque le preguntó sobre un rarísimo título y Magliabecchi le contestó que la única copia de esa obra estaba en Constantinopla en la biblioteca del Sultán, “el séptimo volumen del segundo estante a la derecha según se entra”. Nunca había salido de Florencia pero pudo responder porque sabía de memoria los catálogos de las bibliotecas de su época. Él no usaba registros bibliográficos, sólo amontonaba los papeles pero recordaba qué tenía y dónde lo tenía. Fue definido como una gran biblioteca.

XI

William Gerhardi escribió un cuento titulado “The Man Who Came Back”, publicado en 1931, sobre alguien que regresa de la tumba para seguir leyendo. Esa es una buena imagen de aquellos que se alimentan de libros, transitan por el mundo con una mirada libresca, no encuentran sosiego fuera del mundo del libro. Magliabecchi era uno de esos lectores ávidos, pero existen quienes atesoran libros por el sólo hecho de tenerlos y se precian de ello. Thomas Phillipps (1792-1872) fue un anticuario británico que quería tener todos los libros del mundo y reunió 40 mil títulos y 60 mil manuscritos a costa de su ruina económica y familiar. Por más de 30 años publicó el *Catalogus librorum manuscritorum in bibliotheca d. Thomae Phillipps, Bt.*, con un tiraje de 50 ejemplares, que es el testimonio de su valiosa colección de documentos del siglo XIX.

Hay una clase de bibliómanos que hacen libros sin leerlos y los ocultan de forma mezquina para que no los lean los demás. Su biblioteca es desorganizada, cerrada y

sin vida, por lo que bien han sido llamadas bibliocriptas o bibliotafios. Son los bibliótafos de cuya descripción se ocupó el profesor de literatura norteamericano Leon H. Vincent en *El bibliótafo* de 1898. En esta clase de bibliólatas, biblioletas o biblióscopos pueden caer lo mismo aristobibliófilos, quienes compran volúmenes a precios exagerados, y biblioadictos con pocos recursos. Los hermanos Homer y Langley

XII Collyer dieron su nombre al síndrome de Collyer, que es la necesidad de reunir cosas. Algunos llaman a este comportamiento disposofobia, síndrome de Diógenes o síndrome de acumulación compulsiva. El 8 de abril de 1947 la policía de Nueva York, indagando el destino de los ancianos desaparecidos, entró a duras penas en su casa de dos pisos plagada de basura, y por una ventana dio con el cadáver de Homer. Entre columnas de libros y periódicos, pianos, esqueletos de animales, armamento, partes de automóviles, en fin, había 103 toneladas de desperdicios. Cuatro semanas después encontraron a Langley, que había sido aplastado por miles de publicaciones. Se contaron 250 mil libros principalmente de ingeniería, medicina y derecho.

Padecen bibliofobia quienes se aterran frente a los libros al grado de desmayarse o morir. La manifestación más común de este mal es el miedo a la lectura, sobre todo a la lectura en voz alta; sin embargo, hay casos extremos en los que al paciente lo turba la fotografía de libros o las imágenes que los evoquen. Por extraño que parezca, el escritor francés François-René de Chateaubriand (1768-1848)

tenía aversión a los libros. Una variante de este mal es no soportar ver a alguien leyendo. Al contrario de ese terror, la bibliopepsia es la propensión a la lectura apresurada y fragmentada, incluso de varias obras a la vez; y la abibliofobia es el exorbitante suplicio de quienes tienen miedo a no tener material para leer. Para los indiferentes a los libros hay una voz conservada por Enrique Gallud Jardiel en *Libro de libros. Mil curiosidades sobre el más fascinante de los mundos*: son bibliótatas.

XIII

La biblioclastia es la destrucción de libros por cualquier causa, incluyendo la censura o la que realizan por placer bibliopirómanos. Algunos sujetos acuden a una biblioteca para desordenar su acervo, para ensuciar sus estantes, para mutilar sus libros e incluso para suicidarse. Hay bibliotecas, incluidas las universitarias, que tienen cicatrices de esas nocivas visitas. A veces en los volúmenes algunos pedazos de páginas dejan ver los rastros de destrucción o quedan espacios vacíos sin estampas o litografías. La *Nueva historia universal de la destrucción de libros* de Fernando Báez contiene varios ejemplos de vandalismo ideológico y religioso, de biblioclastas o bibliolitas. Y es que los libros provocan indisposiciones de toda laya. Han existido quienes tienen la manía de enterrar los libros en los cementerios o jardines, rayan salvajemente las páginas impresas con lápices, sólo pueden leer los de color rojo o sienten un deseo irreprimible de arrancarles las páginas o desencuadernarlos sin razón alguna; y quienes destilan pánico ante la obra de

cierto escritor. Parece raro que algunas personas no puedan leer las páginas de la derecha o de la izquierda, pero hay que considerar que la negligencia hemisférica la padecen quienes sólo ven la mitad de las cosas y, por ejemplo, sólo pueden escribir en el lado derecho de una página.

XIV La bibliofagia clínica es literalmente comer libros con todo y pastas. Son frecuentes los devoradores de hojas impresas, incluso de las amarillentas y aterciopeladas ediciones de las décadas de 1930 y 1940; y los roedores de lomos de badana o de vitela. Hay quien fuma cigarros hechos de libros antiguos porque hasta 1883 entre 75 y 90 por ciento del papel utilizado en el planeta era de cáñamo. Melenick II, emperador de Etiopía, cuando enfermaba, consumía trozos de la Biblia. Hubo hace décadas, en el centro de la ciudad de México, un teporocho que preparaba un potaje con páginas de libros viejos y chiles.

Entre los más insólitos comportamientos que produce el libro está la bibliopegia antropodérmica. No era extraña en los siglos XVII y XVIII la encuadernación de libros con piel humana. Una obra médica de ese tiempo, encuadernada con piel etíope, tiene en su estuche la inscripción, en alemán: “Piensa, cuando estés aterrizado por los humanos, en tu propia piel humana”. Durante la Revolución francesa varios aristócratas guillotizados sirvieron de material para forrar, por ejemplo, ejemplares de la Constitución de 1793, y en el siglo XIX los legistas ingleses hicieron expiar sus crímenes a unos asesinos encuadernando con ellos sus expedientes. En

1866 algunos médicos del hospital de Clamart en París fueron despedidos por vender a un encuadernador la piel de los pechos de las mujeres fallecidas para utilizarlos en libros eróticos. El impresor estadounidense Dard Hunter realizó en 1958 su más extraño trabajo al encuadernar una colección de cartas de amor con la piel de un hombre que remitió su viuda. Camille Flammarion siempre alabó los hombros de una condesa que lo admiraba y ella, antes de morir de tuberculosis, dejó estipulado que el astrónomo francés recibiera su piel curtida, con la que él forró el libro *Las tierras del cielo*. El apego puede ir más allá. Cuando en 1831 murió el escritor Jacques Delille, su admirador André Leroy, un estudiante de derecho, profanó el cadáver arrancándole la piel para encuadernar sus obras.

XV

Hay otras conductas obsesivas con los libros. El bibliomántico abre al azar un libro, no necesariamente religioso o clásico, para interpretar la página o el párrafo que primero señala su dedo. Algunos utilizan todos sus recursos para hacerse de ediciones príncipe o ejemplares autografiados por el autor. También hay quien busca fotografías y objetos personales de su escritor favorito. Stephen King en la novela *Misery* de 1985 nos enseñó el grado al que puede llegar la perturbación de un fanático. En ella el escritor Paul Sheldon sufre un accidente automovilístico del que es salvado por la enfermera Annie Wilkes, quien lo secuestra porque es su admiradora número uno y lo obliga a escribir una novela romántica en la que el personaje de Misery

Chastain, a quien Sheldon había dado una muerte literaria, resucita.

XVI El libro está pasando al formato electrónico y será difícil detectar a bibliófilos y bibliómanos. Sin embargo, Miguel Albero, en su *Enfermos del libro*, nos dice que se desarrollarán otras patologías como los virófilos, coleccionistas de virus informáticos, los webcleptómanos o ladrones de webs, los ipódfagos, devoradores de ipods, y los pantallaclastas, pirómanos de todo lo que tenga pantalla. Comoquiera, el gran libro que es internet nos atrapa y estamos en él internados. El Síndrome de Diógenes Digital es, ahora, de quienes acumulan imágenes e información.

La más común bibliopatía es la bibliocleptomanía, el robo de libros. No se trata de la apropiación de contenidos o plagio de textos, sino de la muy callada labor de los saqueadores de libros de librerías y bibliotecas públicas o privadas. Serafín Estebáñez Calderón, quien llevó como apelativo *El Solitario*, dedicó a Bartolomé José Gallardo y Blanco, autor de *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, afecto a quedarse con libros ajenos, este soneto donde emplea el término bibliopirata:

Caco, cuco, faquín, bibliopirata,  
tenaza de los libros, chuzo, púa;  
de papeles, aparte lo ganzúa,  
hurón, carcoma, polilleja, rata.

Uñilargo, garduño, garrapata,  
para sacar los libros cabría, grúa,  
Argel de bibliotecas, gran falúa  
armada en corso, haciendo cala y cata.

Empapas un archivo en la bragueta,  
un Simancas te cabe en el bolsillo,  
te pones por corbata una maleta.

*XVII*

Juegas del dos, del cinco y por tresillo;  
y al fin te beberás como una sopa,  
llenas de libros, África y Europa.

Uno de los más connotados ladrones de libros de la historia fue el Conde Guglielmo Libri, nacido en Florencia en 1803. En el apellido llevaba su ventura. Fue un matemático que conocía de libros y sufría por ellos; y tuvo la suerte de ser el inspector de Bibliotecas de Francia. Se confeccionó una capa con múltiples bolsillos y, como tenía derecho de paso de día y de noche a los acervos, robó y subastó cerca de 30 mil volúmenes. Incluso llegó a elaborar un catálogo para bibliófilos de los libros que había hurtado. Fue condenado en ausencia porque había escapado a Inglaterra con varias cajas de su biblioteca cebada por el saqueo. La cifra robada por Libri palidece ante las 19 toneladas de libros y manuscritos valiosos, incluyendo incunables y códices indígenas, que robó Stephen Blumberg de 140 bibliotecas de

universidades norteamericanas a las que consideraba cárceles de información. En el momento de su arresto, en 1990, su colección de volúmenes robados fue valorada en unos 40 millones de dólares. Un último ejemplo lo tenemos en Susan Horn, una bibliotecaria de Filadelfia, que en 1997 fue desalojada de su departamento y sus compañeros hallaron seis mil volúmenes que ella había sustraído del acervo que custodiaba.

### XVIII

Pero cualquier caso de robo de libros es nada a comparación de la leyenda de fray Vicente, miembro del monasterio de Santa María de Poblet en Barcelona, que durante una supuesta quema de su convento en 1835 salvó varios volúmenes raros y puso una librería. Era tal su arrebatado libresco que llegó a asesinar a una docena de personas para recuperar los ejemplares que les había vendido o hacerse del último *Furs de Valencia* impreso en 1482 por Lambert Palmart, el introductor de la imprenta en España. Ramón Miquel i Planas publicó en 1928 el libro *La Llegendra del llibreter assassí de Barcelona* donde demuestra la falsedad de la historia y la atribuye a Charles Nodier.

Un casi quinceañero Gustav Flaubert leyó la historia del librero asesino difundida como un informe jurídico real en *La Gazette des Tribunaux* el 23 de octubre de 1836 y reproducida en algunos medios impresos. Flaubert estructuró el relato *Bibliomanía* en el que el protagonista es el bibliopola Giacomo, cuyo apetito libresco lo arroja sin consideraciones morales al crimen. Apareció el domingo 12 de febrero

de 1837 en la revista literaria de Rouen *Le Colibri* bajo la firma de F. Se trata, pues, del primer texto publicado por el escritor francés. El relato se tomó del archivo del autor para la compilación en 1910 de sus obras de juventud y, a partir de entonces, ha tenido varias ediciones para coleccionistas. El estilo rápido y sencillo del Flaubert de *Bibliomanía* tiene poco que ver con el de *La educación sentimental* o *Madame Bovary*, pero no deja de ser interesante.

XIX

Hay una diferencia radical en la mente del escritor adolescente y del escritor maduro que buscaba la palabra perfecta; y es que en 1844 Flaubert abandonó sus estudios de derecho en la Universidad de la Sorbona por recomendación médica ya que sufrió una grave crisis, un síncope, que fue la primera manifestación de un mal crónico que algunos han definido como epilepsia y otros como histeria. Según Jean-Paul Sartre, Flaubert tomará a la neurosis como una vía sin retorno a la literatura. Roland Barthes habla del valor desmesurado que Flaubert da a la escritura al equipararla con la existencia, percepción que conlleva una especie de religión de la frase cristalizada en la búsqueda infinita de la corrección. Jean Cocteau alguna vez dijo que “Victor Hugo era un loco que se creía Victor Hugo” y, parafraseándolo, podemos decir que Flaubert fue un maniaco que se inventó como maniaco.

El libro *Rara Avis* de Ignacio Caballero y Blanca Gago, publicado en 2009 bajo el sello español Montesinos, tiene un epílogo memorable. La primera parte es un texto llamado

XX “Notas para componer una biografía de Carla Bodoni” y comienza con una cita no entrecomillada del artículo “Leer” de Cesare Pavese, publicado en *L’Unità* de Turín en 1945, cita que nos permitimos llamar a cuento literalmente: “escribió con lúcida emoción que los libros no son los hombres, son medios para llegar a ellos; quien ama los libros pero no ama a los hombres, consideraba el italiano, es un fatuo o un réprobo”. Invitamos a los lectores a conjurar un poco del delirio que producen los libros con la lectura de *Bibliomanía*.

*Camilo Ayala Ochoa*